



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla  
México

Vilas, Carlos M.

Confusiones y autoengaños

Bajo el Volcán, vol. 8, núm. 14, 2009, pp. 165-168

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28620136007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## CONFUSIONES Y AUTOENGAÑOS\*

Carlos M. Vilas

### RESUMEN

Este ensayo pone énfasis en observar el papel del Estado en generar condiciones para la superación de la crisis capitalista. Además, destaca el papel de los gobiernos de la región latinoamericana comprometidos con estrategias de desarrollo e inclusión social que no se apegan irrestrictamente a las fórmulas del “Consenso de Washington”.

Palabras clave: crisis, Estado, neoliberalismo, América Latina.

### SUMMARY

This essay focuses on the role of the state in generating conditions for the overcoming of the capitalist crisis, and also highlights the role of Latin American governments which are committed to strategies for development and social inclusion and are not necessarily strictly attached to the “Washington Consensus” formulas.

Key words: crisis, state, neoliberalism, Latin America.

La crisis que se originó en el mundo desarrollado y el modo en que los gobiernos de Estados Unidos y de la Unión Europea están reaccionando frente a ella han dado lugar a una serie de calificaciones curiosas que revelan, detrás del manto de la ironía, una cierta incompreensión de la crisis misma –de sus causas, sus mecanismos de transmisión, la proyección de sus efectos–. “Socialismo estilo EUA”, “nacionalismo de mercado”, “fin del neoliberalismo”, son algunas de las reacciones de muchos observadores. Se apunta básicamente a la decidida intervención estatal en el

\* Artículo publicado en revista *Veintitrés*, núm. 528, 23 de octubre de 2008, Buenos Aires.

salvamento de firmas quebradas, en la compra de deudas incobrables, en el volcado de dineros públicos para resolver angustias privadas. Gracejos como los mencionados sugieren que incluso los críticos del neoliberalismo se tomaron en serio el discurso neoliberal y realmente creyeron que, en el capitalismo financiero y globalizado, el Estado llegaba a su fin, por lo menos, en asuntos económicos.

La relación entre el Estado y el capitalismo, deberíamos saberlo, no está atada a instrumentos de política o a herramientas institucionales en particular. La historia de las grandes crisis financieras lo ilustra hasta la saciedad. *Laissez faire* e intervencionismo son modos de articulación entre el poder político institucionalizado en el Estado y el poder económico-financiero de los mercados –en realidad, de sus actores más poderosos y, por eso mismo, de mayor capacidad de gravitación política–. Hoy estamos viviendo algo que ya se vivió en el pasado. El viraje actual desde el “Estado ausente” del neoliberalismo al Estado interventor repite lo que ocurrió, por ejemplo, tras la crisis de 1929. El poder político no se hace ascos ideológicos cuando de lo que se trata es de salvar al sistema económico y social que le da sustento –y, hoy por hoy, el sistema económico que reina en todo el globo.

No tiene sentido discutir aquí acerca de las bondades o perversidades, las alternativas o falta de ellas, a ese sistema. En todo caso es evidente que el capitalismo admite una variedad amplia de modalidades de organización y desarrollo. Pero una de sus características fundamentales, por encima de esas variaciones, es que avanza de crisis en crisis en un persistente movimiento cíclico; periodos de extraordinario auge anteceden a devastadores derrumbes; gran parte de los activos físicos y financieros creados en el ascenso del ciclo se derrumban estrepitosamente en la crisis. Esto es lo que explica, junto a otros factores, la pendularidad que se advierte, en el largo plazo, entre permisividad y activismo estatal. En realidad una y otra son manifestaciones de la permanencia de la misión esencial del Estado: garantizar las mejores condiciones para la sustentabilidad del sistema económico que le sirve de base.

Evitemos confusiones y prevengámonos de los autoengaños. Los gobiernos del Norte están interviniendo en defensa de los grandes acreedores y

haciéndose cargo de sus malos negocios y de la carga de sus especulaciones más allá de todo criterio, no de la muchedumbre de pequeños deudores. Por debajo de la aparente novedad o heterodoxia de los instrumentos, y más allá de la enormidad de las cifras involucradas, hay una persistente ortodoxia en los objetivos y en los sesgos de clase.

Después de toda gran crisis financiera el capitalismo siempre viró hacia un mayor énfasis en la economía real, y este viraje nunca fue posible sin una decidida intervención estatal. Cuando el reciente Premio Nobel Paul Krugman señala que Estados Unidos no ha redescubierto a Karl Marx sino a Franklin D. Roosevelt, dice una verdad, pero una verdad a medias. El rescate de Roosevelt consistió, ciertamente, en una importante inyección de fondos al circuito financiero, pero tuvo además un pilar estratégico en una agresiva política de inversión pública en infraestructura y en la creación de mecanismos de planificación de mediano y largo plazo. La reactivación financiera estuvo ligada a la expansión de la economía real. Esto falta en el redescubrimiento de Roosevelt –si es que algo así ha ocurrido–. Sus enemigos acusaron al *New Deal* de ser un programa socialista y al propio Roosevelt de escuchar demasiado a los socialistas y liberales, y hablaban en serio. El rescate actual sólo da lugar a ironías.

El capitalismo va a sobrevivir a esta crisis, entre otros motivos porque no tiene más enemigos que sus propias tendencias inmanentes. Cuando lo haga, resurgirá con una fisonomía más “real”, al menos por un tiempo. Solamente la economía real genera valores y permite la expansión de las fuerzas productivas materiales del sistema, estimula el desarrollo científico y técnico, y alimenta la posibilidad de obtener excedentes financieros igualmente reales para alimentar la continuidad del proceso de acumulación. Así pasó antes y así va a ocurrir ahora. Pero no nos hagamos demasiadas ilusiones. El retorno a la gravitación de lo real sobre lo financiero será, miradas las cosas en el largo plazo, “por un ratito”. No es la economía real, la de la producción de bienes y la inversión en activos físicos y en empleo de fuerza de trabajo en gran escala la que expresa el espíritu expansivo del capitalismo, sino la financiera, la única que posee la movilidad requerida para aprovechar las buenas oportunidades, huir de los peligros, descargar riesgos, crear y destruir riqueza. El historiador Fernand Braudel lo entendió

con claridad cuando tituló “La producción: el capitalismo en terreno ajeno” a uno de los capítulos más sesudos de su historia del capitalismo europeo. En efecto, lo productivo obliga al capitalismo a desacelerar su propensión a la expansión y a lo sumo le permite recargar las baterías para una nueva ronda de expansión y gigantescas burbujas especulativas.

A pesar de los agoreros, es innegable que en América Latina estamos mejor posicionados en esta crisis que en las anteriores. Las elevadas tasas de crecimiento de lo que va de la década, la acumulación de superávit comerciales y fiscales, un manejo más eficiente de los instrumentos de política macroeconómica, coloca a las principales economías de la región en mejores condiciones para reducir daños. Tan importante como esto es el cambio de paradigma que se observa en la mayoría de los gobiernos sudamericanos respecto del papel del Estado en la promoción y administración de un capitalismo que conjugue de manera más eficaz acumulación y distribución, intereses nacionales y objetivos regionales, articulaciones regionales e inserción equilibrada en la globalización. A diferencia de los gobiernos que se hicieron cargo de la crisis de los años ochenta –regímenes autoritarios o democracias débiles– o la del “efecto tequila” –adhesión irrestricta a las recetas del “Consenso de Washington”– hoy predominan los gobiernos firmemente comprometidos –cada uno a su manera– con objetivos compartidos de desarrollo, inclusión social e integración regional.

Argentina se ubica con particular solidez en estos escenarios. Daños existirán sin duda: caída en el precio internacional de los principales productos de exportación y en el nivel general de actividad, con presión sobre los niveles de inversión, empleo, salarios y consumo. Pero el desempeño de la economía en el último quinquenio y la madurez y el equilibrio de sus políticas económicas y sociales permiten albergar sensatas expectativas de una mejor capacidad de preservación de lo alcanzado, manejo de riesgos y defensa ante amenazas, y continuidad en la orientación hacia objetivos de desarrollo, inclusión social y consolidada democracia.

Fecha de recepción: 8 de junio de 2009

Fecha de aceptación: 22 de julio de 2009